

XV domingo de Tiempo Ordinario

11 de julio de 2021

- **Am 7, 12-15.** Ve, profetiza a mi pueblo.
- **Sal 84. R.** Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.
- **Ef 1, 3-14.** Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo.
- **Mc 6, 7-13.** Los fue enviando.

En aquel tiempo Jesús llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos.

Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevaran sandalias, pero no una túnica de repuesto.

Y decía: «Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, en testimonio contra ellos».

Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, unguían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

(Marcos 6, 7-13)

1. Desde la Palabra de Dios

Recordamos cómo en capítulos anteriores el evangelio de san Marcos nos narra cómo Jesús llamó a los que quiso, para estar con Él y para enviarlos a predicar. Este domingo vemos que Jesús da a los apóstoles las claves para compartir con Él la misión de predicar. Como a ellos entonces, hoy Jesús nos sigue haciendo partícipes de lo que Él hacía: somos partícipes de su misión si actuamos de la misma manera que Él.

El envío que hace Jesús configura a la persona que es enviada, de modo que es necesario aceptar un “perfil” determinado, que no consiste solo en asumir una forma específica de actuar, sino, sobre todo, es hacer propio el modo de vida de Jesús.

En primer lugar, Jesús deja claro a los apóstoles que son enviados; es decir, que no van por cuenta propia, sino que tienen una misión en la que el protagonista es Él: es Cristo quien actúa por medio de ellos.

De ahí que, en segundo lugar, Jesús les insta a que no vayan aferrados a sus propios recursos o capacidades, sino que confíen en que el Señor, quien actúa y se manifiesta por su medio, les proveerá de lo necesario para el camino. Por eso no necesitan ni bastón, ni pan, ni dinero... esperando todo de Él, confiando que Él proveerá todo y que actuará por medio de ellos.

Por otra parte, Jesús invita a los discípulos a permanecer en la casa donde sean acogidos al predicar. Aparentemente, esto nos puede resultar algo chocante: parece que los apóstoles van a vivir de “pegar la gorra” allá por donde vayan. En la época de Jesús, además de los rabinos que predicaban de modo estable en las sinagogas, había también predicadores itinerantes que iban de pueblo en pueblo y se hospedaban en las casas de la gente fiándose de la providencia, de modo que el modo de vida de Jesús y los apóstoles no resultaba extraño en su ámbito cultural. El consejo de Jesús va más allá. Se trata de no cambiar de casa, es decir, de no elegir caprichosamente el lugar donde mejor les acojan, sino manifestar también la sencillez de los ciudadanos del Reino en esos pequeños detalles.

Así el camino del anuncio del Evangelio se convierte también en un camino interior, ascético, en el que el enviado va creciendo en su confianza en el Dios Providente y en la disponibilidad para que Él pueda hacer su obra. Solo el Señor garantiza que la misión será un éxito, pero, como siempre en el Evangelio, Él

se vale de nuestra colaboración como instrumentos en sus manos.

Cada bautizado es llamado a vivir el mensaje de Jesús y enviados por Dios a la familia, al grupo de amigos, a cualquier persona con la que nos encontremos, trabajemos o convivamos para darles el testimonio del amor de Dios a todos los hombres.

Podemos preguntarnos a lo largo de la semana si nos sentimos enviados por el Señor y si vivimos en actitud misionera, reconociendo cada oportunidad que Jesús nos da para anunciarle y darle a conocer.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy (cf. Marcos 6, 7-13) narra el momento en el que Jesús envía a los Doce en misión. Después de haberles llamado por su nombre uno por uno, «para que estuvieran con él» (Marcos 3, 14) escuchando sus palabras y observando sus gestos de sanación, entonces les convoca de nuevo para «enviarlos de dos en dos» (6, 7) a los pueblos a los que Él iba a ir. Son una especie de «prácticas» de lo que serán llamados a hacer después de la Resurrección del Señor con el poder del Espíritu Santo. El pasaje evangélico se detiene en el estilo del misionero, que podemos resumir en dos puntos: la misión tiene un centro; la misión tiene un rostro.

El discípulo misionero tiene antes que nada su centro de referencia, que es la persona de Jesús. La narración lo indica usando una serie de verbos que tienen Él por sujeto —«llama», «comenzó a mandarlos», «dándoles poder», «ordenó», «les dijo» (vv. 7.8.10)—, así que el ir y el obrar de los Doce aparece como el irradiarse desde un centro, el reproponerse de la presencia y de la obra de Jesús en su acción misionera. Esto manifiesta cómo los apóstoles no tienen nada propio que anunciar, ni propias capacidades que demostrar, sino que hablan

y actúan como «enviados», como mensajeros de Jesús.

Este episodio evangélico se refiere también a nosotros, y no solo a los sacerdotes, sino a todos los bautizados, llamados a testimoniar, en los distintos ambientes de vida, el Evangelio de Cristo. Y también para nosotros esta misión es auténtica solo a partir de su centro inmutable que es Jesús. No es una iniciativa de los fieles ni de los grupos y tampoco de las grades asociaciones, sino que es la misión de la Iglesia inseparablemente unida a su Señor. Ningún cristiano anuncia el Evangelio «por sí», sino solo enviado por la Iglesia que ha recibido el mandado de Cristo mismo. Es precisamente el bautismo lo que nos hace misioneros. Un bautizado que no siente la necesidad de anunciar el Evangelio, de anunciar a Jesús, no es un buen cristiano.

La segunda característica del estilo del misionero es, por así decir, un rostro, que consiste en la pobreza de medios. Su equipamiento responde a un criterio de sobriedad. Los Doce, de hecho, tienen la orden de «que nada tomasen para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja» (v. 8). El Maestro les quiere libres y ligeros, sin apoyos y sin favores, seguros solo del amor de Él que les envía, fuerte solo por su palabra que van a anunciar. El bastón y las sandalias son la dotación de los peregrinos, porque tales son los mensajeros del reino de Dios, no gerentes omnipotentes, no funcionarios inamovibles, no divas de gira.

Pensemos, por ejemplo, en esta diócesis de la cual yo soy Obispo. Pensemos en algunos santos de esta diócesis de Roma: san Felipe Neri, san Benito José Labre, san Alejo, santa Ludovica Albertoni, santa Francisca Romana, san Gaspar del Búfalo y muchos otros. No eran funcionarios o empresarios, sino humildes trabajadores del reino. Tenían este rostro. Y a este «rostro» pertenece también la forma en la que es acogido el mensaje: puede, de hecho, suceder no

ser escuchados o acogidos (cf. v. 11). También esto es pobreza: la experiencia del fracaso. La situación de Jesús, que fue rechazo y crucificado, prefigura el destino de su mensajero. Y solo si estamos unidos a Él, muerto y resucitado, conseguimos encontrar la valentía de la evangelización.

Que la Virgen María, primera discípula y misionera de la Palabra de Dios, nos ayude a llevar al mundo el mensaje del Evangelio en un júbilo humilde y radiante, más allá de todo rechazo, incomprensión o tribulación.

(Papa Francisco. Angelus, 15/07/2018)

3. Desde el fondo del alma

Tú, Señor, me llamas,
tú, Señor me dices:
«Ven y sígueme. Ven y sígueme».
Señor, contigo iré. Señor contigo iré.

Dejaré en la orilla mis redes,
cogeré el arado contigo, Señor:
guardaré mi puesto en tu senda,
sembraré tu Palabra en mi pueblo
y brotará y crecerá. Señor, contigo iré.

Dejaré mi hacienda y mis bienes,
dejaré a mis hermanos mi tiempo y mi afán;
por mis obras, sabrán que Tú vives;
con mi esfuerzo abriré nuevas sendas
de unidad y fraternidad. Señor, contigo iré.